

Los Milagros de Dios en Las Misiones

Fe Mueve la Mano de Dios

Por Carols H. Suárez, Secretario de FAM Internacional

El Mesías, a mitad de su ministerio sobre la tierra, había demostrado con derroche su gran sabiduría en sus sermones, su inigualable poder y autoridad en sus milagros. Su fama se había extendido a lo largo y ancho del país. En todo pueblo o aldea que visitaba, era seguido, frecuentemente, por una multitud de gente con muy diversas expectativas. Fue entonces que decide llevar consigo las *bendiciones* a sus coterráneos, a aquellos que le conocieron desde su niñez y durante su juventud, a los que vivían en la región occidental, contigua al Mar de Galilea.

El regreso de Jesús a su tierra está relatado en Mateo 13:53-58 y Marcos 6:1-6. Ellos conocieron a la familia de Jesús, su padre, madre, hermanos y hermanas. También conocieron el oficio de José que también fue ejercido por Jesús. Vieron y admiraron muchas maravillas, que acompañadas de enseñanzas profundas y sabias, mostraban a Jesucristo de una forma irreconocible.

En vez de aceptar sus milagros y glorificar a Dios que se estaba manifestando, se escandalizaron de él, cerraron su corazón a la evidencia, y por tanto, el relato evangélico termina con las tristes palabras: “Y por la *incredulidad* de ellos, *no hizo* allí muchos milagros” (Mt. 13:58). Y en Marcos 6:5,6 el evangelista manifiesta que fueron sanados unos pocos, pero Jesús “quedó *asombrado* por la *incredulidad* de ellos” (NVI).

Qué palabras tan extrañas, descubrir que los milagros de Dios pueden ser detenidos y postergados por nuestra *incredulidad*. La Iglesia no está exenta de este tipo de actitudes. Nos malacostumbramos a nuestros servicios fríos e ineficaces. Entramos y salimos de la Casa de Dios sin que nada extraordinario ocurra. El peor cáncer que le puede afectar al misionero es no tener fe que Dios puede cambiar radicalmente su entorno, y por consiguiente, acostumbrarse a no ver el obrar maravilloso de Dios, ni a procurarlo tampoco. Dios desea bendecir a su pueblo y a sus siervos. Las *promesas* de Dios no fueron dadas para ser entendidas, sino aceptadas. Los vecinos y amigos de Jesús se detuvieron demasiado en tratar de entender lo que estaban viendo y oyendo, mientras tanto, dejaron pasar la oportunidad de que Jesús derramara todas sus *bendiciones* (milagros y prodigios).

Los misioneros deben creer en un Dios grande, Todopoderoso y Hacedor de milagros. Las huestes infernales de maldad se empeñarán en desanimar a los siervos de Dios, tratarán de convencerles de que somos un continente pobre, de que la dureza del corazón de los pueblos inalcanzados es demasiado tenaz para nuestras habilidades y recursos.

Fe es la médula ósea de nuestro servicio misionero. Allí se producen los anticuerpos para toda duda, inquietud, ansiedad y desánimo. El misionero nunca debe dejar de esperar la maravillosa irrupción de Dios en la historia vez tras vez. Cada mañana deberá levantarse deseoso de disfrutar y ver la mano poderosa de Dios sanando, restaurando y transformando vidas.

El misionero jamás deberá rendirse a mirar con estoicismo el pasar de los días sin que nada ocurra. El no vivir en la dimensión del maravilloso actuar de Dios marchita la fe, el gozo y la brillantez del vivir. Recordemos que vamos en la autoridad del Hijo de Dios, en el poder del Espíritu Santo, a modelar vidas que deberán ser deseables y atractivas a los ojos de aquellos que viven en la oscuridad. El poder de Dios no ha menguado ni se ha devaluado, y los misioneros son los llamados a mostrar en sus propias vidas lo delicioso que es vivir bajo la protección y cuidados de Dios, para que los incrédulos añoren y admiren el Dios Bueno de los cristianos.

Para más informes dirijase a famint@seteca.org

www.obrerofiel.com

www.ObreroFiel.com- Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.